

Ruben Lettieri

Historias de Moquehuá



(emch) *
EDITORIAL
MUNICIPAL
CHIVILCOY

Ruben Lettieri

Historias de Moquehuá

Lettieri, Ruben

Historias de Moquehuá / Ruben Lettieri. - 1a ed. - Chivilcoy :
Municipalidad de Chivilcoy, 2017.

72 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-45805-4-2

1. Literatura Argentina. 2. Poesía. 3. Relatos. I. Título.
CDD A860

Intendente Municipal: Dr. Guillermo Britos

Secretario de Cultura y Educación: Dr. Adrián Vila

Director de Educación: Ing. Eduardo de Lillo

Coordinador de Cultura: Daniel Guala

Marzo 2017

Editorial Municipal de Chivilcoy

Edición y diseño: Federico Capobianco

Foto de Portada: Ruben Lettieri

ISBN 978-987-45805-4-2

Impreso en Ilustre Digital S.R.L.

Av. Sarmiento 291 – 6620 - Chivilcoy

IMPRESO EN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial.

SOY MOQUEHUÉNSE

Yo soy como me presento:
hombre de pampa y cielo,
y en mi lengua no hay pelos
para decir lo que siento,
porque llegado el momento
que me quieran escuchar,
dejaré yo mi cantar
como siempre lo he dejado,
dejando bien aclarado
que vengo de Moquehuá.

Es un pueblito chiquito
que apenas su voz levanta,
y este paisano que canta
lo quiere hasta el infinito.
Allí di mi primer grito,
allí supe qué es amistad,
allá está mi felicidad.
Y si preguntan de dónde soy,
yo les digo de Chivilcoy
más preciso Moquehuá.

CARNAVAL

El pueblo desde temprano era toda una fiesta, ese martes se celebraba el carnaval y, por la noche, se realizaría el corso en la calle principal. Ese día la población de la localidad aumentaba tres o cuatro veces: venían de pueblos vecinos o del campo. Era lindo ver como la plaza del pueblo se llenaba de sulquis o jardineras. La gente aprovechaba a caminar o compartir, con parientes o amigos, una de las mesas atendidas por alguna de las entidades de bien público, ya sea la escuela, el hospital, el club o el centro de jubilados.

Luego de almorzar ya comenzaban los festejos: se dividía el pueblo en dos y se organizaba la guerra del agua. Nos corríamos con baldes, mangueras, globitos, jarras y todo lo que sirviera para mojar al primer desprevenido.

Como a las cinco de la tarde, luego de desperdiciar tanta agua y un poco cansados, nos reuníamos en la plaza. Allá estaba Don Bazán, mejor conocido como “El Caballo Loco”, un tipo que se transformaba en caballo y, por una moneda o un vasito de tinto, hacía mamarrachos de figura equina. Y el pobre iba y venía por la vereda de la plaza llevando a los más chicos. Así hasta la noche, donde se disfrazaba de paisano con caballo incorporado, haciendo al animal con almohadones de arpilleras.

No era el único disfrazando, algunos ya se conocían porque era habitual que se disfrazaran con el mismo disfraz todos los años, o se hacían notar por la voz o por sus bromas.

Todos los años nos encontrábamos al oso, un hombre que se disfrazaba con un traje hecho de piel de cordero. El pobre cristiano, cuando terminaba el curso, tenía tres kilos menos.

Había también un payaso muy bien pintado, con una peluca naranja hecha de hilo sisal, que a cada conocido le hacía una chanza, pero estaba tan bien oculto que nadie podía reconocerlo.

Teníamos también una vaca que estaba mejor disfrazada que el payaso y el oso juntos, que topaba a toda la gente y la hacía correr. Pero todo era con buen trato y alegría.

Otro buen disfraz era el de una bruja con las piernas peludas y con un bonete grande que, montada a una escoba, levantaba tierra en cada paso que daba.

Había una pareja que nadie podía reconocer porque los roles estaban cambiados. La mujer se había disfrazado con una barba de algodón teñido y el hombre con un vestido y una careta irreconocible.

También estaba aquellos a los que no les importaba que los reconocieran. Era un grupo de cinco hombres disfrazados de colegialas que corrían subiéndose a los brazos de los demás hombres que, al verlos venir, salían disparando. Era ahí cuando los

disfrazados aprovechaban las mesas vacías para vaciar también los vasos.

Los más chiquitos también los disfrazaban: de hormiguita, de gaucho, de monje, de marciano o de enano. Ellos también tenían su premio al mejor disfraz.

En el sector de la plaza que quedaba frente al club, estaba el palco donde el jurado tenía que decidir el mejor disfraz. Después de deliberar durante todo el día, el jurado premió al oso, la bruja y el payaso. Estudiando el comportamiento de los tres se decidieron dar por ganador al payaso, ya que este era el único que no molestaba tanto a la gente. En cambio, hacía malabares y entregaba globos a los más chicos.

A la hora de entregar los premios, el presentador Rolando Menescardi fue llamando a las autoridades para que hagan los honores. El director del hospital fue quien entregó al oso el trofeo por el tercer puesto. La directora de la escuela hizo lo propio con la bruja para el segundo. Por último, haciendo subir al payaso al escenario, anunció:

– Recibamos con un fuerte aplauso, a quien va a hacer entrega del primer premio, el Delegado de Moquehuá, señor Cuito Mazza.

Pero la máxima autoridad no apareció.

– Repito, que suba al escenario el señor Cuito Mazza para hacer entrega del primer premio.

La gente empezó a murmurar ya que el Delegado no aparecía. En ese momento, el payaso, acercándose al

micrófono y sacándose la peluca, comenzó a dirigirse al público.

– Señoras y señores, no creo que merezca yo entregarme el premio, quisiera que el premio se reparta entre las instituciones y agradezco que no me hayan conocido porque así pude divertirme mucho más que en el palco. A todos, gracias y continúen divirtiéndose.

CORAJUDO

Moquehuá es un pueblo pequeño donde se conocen hasta los nombres de los perros y se llama a la gente por su sobrenombre. Es así que un día llegó Pancho Mazza para atender la estación de trenes donde trabajaba de telegrafista, de ordenanza, de cambista; era el dueño de todas las tareas de la estación ya que el gobierno de ese momento no estaba dispuesto a pagar más personal. Recuerdo que era un 24 de diciembre el día que llegó al pueblo para tomar el mando de la estación. Pancho se saludó con el auxiliar saliente que, apurado porque era iba a poder pasar las fiestas con su familia, en dos palabras lo puso al tanto de los problemas.

Pancho, solo en medio de ese pueblo desconocido, comenzó a recordar cuando era pequeño: él era hijo de un changarín y se la pasaba todo el día en la estación ayudando a los auxiliares mientras su padre hacía changas en el campo. Aprendió telégrafo, a barrer el andén, la limpieza de los baños; todo por un plato de comida ya que su padre trabajaba y era huérfano de madre, se tenía que arreglar con eso. Así, cuando llegó la hora de buscar trabajo, y a pesar de no haber estudiado, cuando tuvo que rendir examen entre todos los postulantes, Pancho quedó como el mejor telegrafista.

El día transcurrió tranquilo, cada tanto pasaban los curiosos saludando y mirando de reojo. Pancho era el bicho raro del pueblo y si alguno se animaba, se acercaba

a preguntarle de dónde venía y si estaba solo. Para saber nada más.

Cuando se hicieron las 20 se aseó, se puso ropa limpia y pensó que no era necesario ir a comprar nada para noche, para qué quería sidra o pan dulce si no tenía con quien brindar. Además, a las tres de la mañana pasaba el tren rumbo a 9 de Julio y tenía que estar atento.

A eso de la 23, faltando solo una hora para la Noche Buena, se preparó el mate y se sentó en el cordón del andén con sus pies en el primer riel de las vías. Mientras tomaba se puso a pensar qué sería de los parientes, seguro estarían festejando por él.

Habían pasado 45 minutos cuando de repente comenzó a aparecer gente de todos lados con sidra y comida. El delgado Ñata Giordano tomó la palabra:

– Mire, señor Mazza, estamos enterado que usted se vino solo a hacerse cargo de la estación y como un común acuerdo, para que usted no pase solo la Noche Buena, queríamos festejarla con usted.

Fue una noche extraordinaria: se amaneció meta música y brindis, iniciando así la costumbre de festejar la Noche Buena en la estación, generando el asombro de los que pasaban en tren hacia 9 de Julio.

Más adelante, cuando Pancho Mazza se integró al pueblo con una conducta intachable, conoció a una señorita que la desposaría para poder formar una verdadera familia. Fue en una de esas invitaciones a la estancia El orejudo para festejar el cumpleaños del

patrón. Ahí Pancho conoció a Josefina, la hija del capataz Banfino, y, por cosas del destino, pronto formó pareja de baile, del baile pasaron a los confites y al tiempo, luego del casamiento, ya vivían juntos en la estación.

En el pueblo estaba El Rencoroso, el pendenciero, el que se la sabía todas, el más rápido para las bromas, el temido del pueblo. Cierta día, Pancho vio a Josefina preocupada, como que estaba ocultando algo.

- ¿Qué te anda pasando Josefa? –así la llamaba.
- Nada, Pancho, ¿por qué me lo preguntas?
- Mirá, se te nota, me estás ocultando algo.
- Te dije que nada y ya está.

Lo que pasaba era que El Rencoroso estaba siguiéndola y ella temía que si le decía Pancho, este quiera intervenir y le pase algo; por eso se callaba y no sabía qué hacer. Pero Pancho, preocupado por Josefina, un día, sin que se diera cuenta, la siguió desde lejos y la vio apurar el paso cuando El Rencoroso se le acercó y le dijo algo que no alcanzó a escuchar. Pancho, intrigado por la situación, esperó a que Josefina llegue a la estación para preguntarle cómo le había ido.

- Mirá, Pancho, tengo un serio problema.
- Si, ya sé, con El Rencoroso, ¿no?
- ¡Sí! ¿Cómo sabés? –y nerviosa se apresuró a decir– Pancho, ¿no pensarás que yo...?
- Quedate tranquila, Josefa, yo sé con quién me casé. Cuando saliste te seguí porque te notaba preocupada y

lo vi a ese tipo acercarte y decirte algo pero no alcancé a escuchar.

– Sí, me tiene loca de las cosas que me dice, pero no quería comentarte por miedo a que te termine pasando algo.

– Mirá, no te preocupes que algo haremos, por dos días no salgas, yo hago los mandados mientras esperamos, luego veo lo que puedo hacer.

A los dos días Pancho le pidió a Josefina que pasara delante de El Rencoroso mientras él iba por el lado contrario. Cuando la mujer estuvo a la altura de El Rencoroso, este no se percató de la presencia de Pancho y comenzó una serie de piropos que hacían poner nerviosa a cualquier señora. Cuando amagaba con empezar a decir cosas más pesadas, Pancho le tocó el hombro.

– ¿Qué te pasa, Mercurio? –le dijo Pancho llamándolo por el apellido.

– Nada, ¿por qué?, ¿acaso sos celoso o qué? –le dijo Mercurio.

– No soy celoso, pero ella tiene dueño para decirle barbaridades.

– ¿Y qué?, ¿tenés con que defenderla acaso? –apuró Mercurio.

– Por supuesto, ¿qué te parece esta tarde en el monte?

– Por vos no doy ni un paso, no quiero ensuciarme.

– Mirá, si tenés escopeta te espero.

– Sí, cualquiera tiene pero hay que saber usarla.

– Bueno, nos vemos en el monte de la estación a las siete. Vos entrás por el lado norte y yo por el sur, y en el medio sabremos quién sabe usar mejor la escopeta.

Mercurio se fue sin decir nada y Pancho volvió a la estación. Cuando llegó encontró a Josefina afligida.

– Josefa está todo arreglado así que no te molestará más.

– ¿Qué pasó?

– Se habló y chau, quedate tranquila –dijo Pancho ocultando todo el desafío.

Eran las siete de la tarde cuando el sol pedía permiso para ocultarse en el horizonte. Cuando se internó en el monte por el lado que le correspondía, comenzó a pensar qué pasaría si El Rencoroso no respetaba las pautas establecidas y presentaba alguna trampa. Así, a cada paso esperaba que sucediera algo y, con ese temor, llegó al centro del monte, pero se encontró solo. De repente vio como varias sombras se movían para todos lados y un silbido lo aturdía. Cuando quiso reaccionar se vio rodeado por toda la fuerza policial del pueblo.

– Quieto, Pancho, entréganos el arma.

– No, comisario, estoy cazando palomas.

– Pero si con esa escopeta tan grande las baja ya desplumadas.

– Sí, pero estoy cazando.

– Mire, Pancho, si no quiere dejarnos la escopeta, déjela en su casa y venga para la comisaría.

Con la intriga correspondiente, Pancho dejó la escopeta en la estación y salió rumbo a la comisaría. Una vez que llegó se presentó ante el comisario.

– Señor, ¿qué es lo que pasa? Le dije que estaba cazando.

– Mire, Pancho, allá al fondo está una persona llorando, diciendo que usted lo retó a duelo y que tiene un miedo tremendo que usted lo mate así que vino a denunciarlo.

– ¿Y quién es? –preguntó Pancho haciéndose el desentendido.

– El señor Mercurio.

Entonces Pancho le pasó a relatar los hechos sucedidos con El Rencoroso para aclarar la situación. El comisario largó a reír.

– Ahora sí que lo puso en vereda al guapo del pueblo, lo felicito, Pancho.

Así fue como El Rencoroso se transformó en la risa del pueblo y al tiempo no le quedó otra que marcharse.

DE SAQUITO ES OTRA COSA

Estábamos sentado bajo la sombra de la vieja parra del rancho de Héctor, mateando y contando viejas anécdotas.

– ¿Te acordás, Ángel, de cuándo Julián vino de viaje y organizaron un baile de fin de año? –preguntó Masquebien.

– Claro que me acuerdo –respondió Ángel–, fue en el año 68. Me acuerdo porque ese año tuvimos varios festejos.

– Pero siempre me contaste que hubo uno especial, que no recuerdo cómo fue.

– Bueno, prepará más agua que seguimos el mate y te cuento.

El pueblo entero esperar el día del baile. Nosotros esperábamos, también, a nuestro amigo Julián, que ya no vivía en el pueblo pero que todos los años venía a compartir el baile.

Llegado el día y a las cinco de la tarde, después de la siesta, entró Julián al pueblo con su viejo 2CV, tocando bocina y dando una vuelta a la plaza como era su costumbre. Después vino hasta el club Renovación, donde estábamos terminando de ultimar detalles.

Apenas Julián bajó, Alberto lo puso al tanto.

– Mirá, Julián, este año se modificó algo en el reglamento del baile. Tiene todo lo de antes pero cambia la ropa, hay que ir de saco y corbata.

– Vos estás loco, Alberto, nunca en mi vida usé saco y mucho menos corbata, principalmente porque nunca tuve.

– Por eso no te preocupes, yo me encargo de conseguirte todo lo que te haga falta.

Como no estaba muy convencido, se arrimaron unas amigas del grupo y con la presencia femenina se convenció solo y además le prometieron que esa noche bailarían como nunca.

A las ocho de la noche todo el mundo se fue a cambiar ya que el baile comenzaba a las diez. Alberto invitó a Julián a comer y cambiarse en su casa. El saco calzó perfecto pero le molestaba un poco el cuello de la camisa; empezó a molestarle del todo cuando se puso la corbata. Estaba muy incómodo pero decidió aguantar, el baile era más importante que su incomodidad.

Cuando entró en el salón del Renovación vio que, efectivamente, todos los comensales estaban de etiqueta. A las diez en punto la Jazz Siboney comenzó a sonar y Julián vio algo que no entendió: las mujeres sacaban a bailar a los hombres y no al revés. O al menos eso le pasaba a él. Mujeres que ni siquiera conocía se le acercaban para bailar. Tanto fue así que en esa presentación solo bailaba Julián con todas las mujeres y los demás hacíamos un círculo coreando su nombre.

Pero cuando se hizo la medianoche, el líder de la orquesta tomó el micrófono y anunció el final.

– ¿Pero cómo que se termina?, si siempre sigue hasta el amanecer –preguntó Julián, quien no quería perder ni un minuto de baile.

– Bueno, vení, seguinos –dijo Alberto–, tenemos que mostrarte algo.

Todos los asistentes al baile salieron y, encabezados por Alberto, tomaron por una calle muy conocida por todos y también por Julián.

– Alberto, esta calle va a lo de Broco, el funebrero – dijo Julián desorientado.

– Claro, Julián, sucedió que Carlitos, el Virutero, falleció.

– ¿Cómo que murió el Virutero? Con razón no lo vi en el baile. ¿Pero por qué suspendieron el baile si faltaba el que le sacaba viruta al piso?

Mientras iban entrando a la funeraria, se fueron ubicando frente a la camilla donde se posaba el cuerpo de Carlitos. Alberto tomó la palabra.

– Bueno, Carlitos, hemos cumplido con tu último deseo. Hemos hecho el baile solo para que se cumpla tu voluntad. Tal como nos has pedido, si no eras vos el que iba, tendrían que estar tu saco y tu corbata haciendo lo que mejor sabías hacer que era bailar. Acá Julián ha hecho tu voluntad.

– ¿Cómo? –preguntó Julián completamente desorientado.

Alberto se dirigió a Julián y le pidió que se desvista el saco y la corbata para dejarlas sobre el cuerpo, tal como Carlitos había pedido. Julián, sin reaccionar comenzó a desvestirse. “Al menos pude bailar con todas las damas, pensó, así que te agradezco, Carlitos”.

Y SÍ, GANAMOS

Íbamos con el Gordo caminando por la calle paralela a las vías, esos rieles que dividen al pueblo en dos en forma diagonal y transforman a esa calle en la principal del pueblo, donde están todos los grandes negocios de ramos generales. Los dos partes del pueblo dividido por la vía eran dos lugares muy diferenciados, y más para nosotros que, representando al centro del pueblo, identificábamos a nuestro equipo como Alianza, ya que éramos de todos los barrios de este lado de la vía: los de La Plaza, los de Avellaneda y El Paraíso. Los otros, los del otro lado, estaba bien identificados como el barrio El Congo aunque nosotros les decíamos “barrio de negros”, nombre que ellos lo llevaban con mucho orgullo.

Llegamos y nos reunimos con algunos de nuestro grupo, ya estaban: Chimango, Aldo, Pato, Pocholo, nuestra joya el loco José Luis y el Rengo, que vivía en el Congo pero se había venido a atajar para nosotros. En la otra parte de la estación estaban los rivales: Pelé, Choqui, Cariyuri y el Inglés. Estábamos todos esperando que pase el tren que venía de Bs. As. para poner las pautas para el partido, queríamos esperar tranquilos que pase el acontecimiento para el pueblo que significaba la llegada del tren, ya que venían noticias frescas con el diario de la tarde de Bs. As., parientes, conocidos, los comisionistas o bien algún forastero que

hasta que no se sabía qué hacía y por qué estaba en el pueblo nadie se quedaba tranquilo. Cuando el tren llegó y la estación fue quedando vacía, los dos grupos nos fuimos arrimando hasta la mitad del andén, cosa que nadie camine más que el otro, era toda una ceremonia. Luego, llegó el instante de mirarse unos a los otros hasta que el más impaciente saltó:

– ¿A qué hora jugamos y por qué? –dijo el Gordo.

– Como siempre: por la gaseosa. Y la hora la pones vos –dijo Pelé apurándonos.

– Jugamos a las dos pero antes hay que poner o las gaseosas o la plata –respondió el Gordo.

– Está bien, el sábado a las dos en la playa de la estación. No arruguen.

Nos fuimos al club Renovación a planificar el partido y convencer al Loco para que no falte porque era medio equipo.

Llegando al club, Turrón, el cantinero, nos atajó para que esperemos unos minutos porque en la secretaría, que nos prestaba para reunirnos, estaba ocupada con una reunión de la comisión del club. Turrón era de esos tipos que siempre nos hacía pata: además de prestarnos la secretaría nos dejaba jugar al truco o al mus, o bien usar el sagrado billar, que estaba prohibido para gente menuda como nosotros. Ya en la reunión planeamos el partido y decidimos no comentar nada al otro día en la escuela así no se enteraban de la estrategia.

El sábado nos reunimos en la placita del pueblo, estábamos todos muy nerviosos por lo que era mejor ir

juntos. Ellos ya estaban cuando llegamos; apenas nos vieron se arrimó el Choqui para pedirnos nuestra parte para comprar le trofeo. Después de armar los arcos con nuestra ropa estaba todo dado: en nuestro arco el Rengo; Mingo, el Flaco y Aquiles en la defensa; el Chimango, Aldo y yo como volantes; y adelante el Pato, el Gordo y el Loco. Pocholo y Quique esperarían en el banco. Del otro lado: el Flaco Cabrera como arquero, el Colo, el Inglés y Cariyuri abajo; en el medio Bessoso, el Choqui y la Gringa; y adelante Pelé con la Vieja y Morcilla, que se vendió a último momento porque en nuestro equipo era suplente.

El encuentro estaba parejo, íbamos cinco a cinco y era a seis; el que hacía el sexto gol ganaba. No jugábamos por minutos sino por goles, lo que podía convertir el partido en eterno.

Se nos estaba complicando: el Rengo se tiró ante un zurdazo de Pelé que le pasó por debajo del cuerpo pero por arriba de unos de los palos de ropa, nos salvamos de milagro. Pero el Rengo estuvo rápido, sacó de inmediato con un pelotazo al Loco que se iluminó y, dejando el tendal de los del Congo, tiró un centro para que el Gordo, bien ubicado de nueve, no perdona. Nos agrupamos para festejar el gol del triunfo mientras los otros, llenos de bronca, se robaban el trofeo. Cuando nos dimos cuenta queríamos matar, solo faltaba pintarnos la cara como en la guerra. Pero salió Aquiles y su sensatez para calmar los ánimos y decirnos que era más importante el triunfo, que se iba a comentar toda la

semana, que un simple cajón de gaseosas. Así, con toda la alegría que significó el triunfo, nos fuimos a la secretaría del club a festejar y preparar las cargadas para la semana.

OBELISCO

Era la tardecita, el sol se estaba poniendo en el horizonte detrás del monte, que estaba al oeste de la estación, este parecía una inmensa montaña de los andes donde el sol se fugaba rumbo al oeste.

Y detrás del galpón, los cuerpos de los changarines eran castigados por los últimos rayos del sol. Se destacaba la enorme figura de Diego José Bandelhersen, con un alias muy especial, para el pueblo era “El Obelisco” era el más alto del pueblo. Sin descanso le daban a la pala juntando los últimos granos de girasol que se estuvieron secando a paladas al aire y al sol, porque en esa época y para ese pueblo las secadoras de cereales estaban en pañales. Era la tardecita del pueblo y como estábamos en verano se hacía muy larga la tarde, viernes y nos preparábamos para el dichoso sábado, día sagrado para achurías, después vendría el domingo y siempre en el pueblo, para colmo la ruta y los micros que hoy en día te hacen más fácil las comunicaciones, todo esto no teníamos o sea que siempre estamos pensando en hacer nuestras vidas dentro de su perímetro. Y si no tenías buena posición o tus progenitores no te llevaban a pasear a otra ciudad más importante, hasta que no eras mayor y decidieras vos de tu vida estarías en las limitaciones del pueblo.

Te dije era viernes y a la tardecita nos fuimos reuniendo con los amigos. ¿En dónde? Si en la plaza

lugar de conferencias, de citas, de confesiones, de todo, si algo tenías que hacer iba a reunirse a la plaza.

Cuando llegué estaba La Vieja con el Eléctrico, El gordo, Pocholo, el Petiso Ricardo más malo que Jaimito, estábamos esperando que pasara algo para seguir la broma y si era posible hablar de algo, ya que ese verano venía medio aburrido y se tenía que hacer algo para salir de la rutina, es así que tenía que pasar algo y pasó.

Pasaba justo Diego José según el documento porque para el pueblo se llamaba “El Obelisco” tremendo gigante de más de dos metros pero más bueno que Papa Noel en navidad. Pero el Petiso Ricardo estaba con bronca por aburrido así que decidió hacerle una broma y de mal gusto.

Lo vio venir y se le iluminaron los ojitos de picardía y sin decirnos nada y sin que nos diéramos cuenta, se subió a una de la plantas de la plaza, como estábamos abstraídos en la conversación ese detalle pasó desapercibido.

Como este señor era sordo, él iba en su mundo, caminando por la plaza como era su costumbre, luego de trabajar en la estación su rutina era caminata y al terminar cruzaba al club para tomarse su aperitivo y luego a su casa, ese era el mundo del Obelisco, que era sordo pero como sabía leer los labios hablaba como sordo pero se hacía entender. Venía este sujeto por donde estábamos nosotros y el Petiso Ricardo el nene malo del grupo con toda malicia le tiro un huevo de paloma era lo único que encontró a mano y fue

suficiente para que estallara la guerra cayo justito en la gorra de ferroviario que usaba y se armó el desparramo el Petiso se reía a mas no poder ya que “El Obelisco” no lo sentía y nosotros desaparecimos en el momento, el grandote nos echó la culpa a nosotros, y como todos no conocíamos esa faceta de enojado nos asustamos y salimos corriendo sin saber lo que había pasado sin conocer el motivo de tal enojo.

Cada uno se fue a su casa preguntándose qué le había pasado a este tipo.

Recién al otro día conocimos los motivos vimos a petiso que venía con cara de pocos amigos y nos fue contando que había ocurrido.

Resulta que el obelisco se quedó hasta tarde por si veníamos nosotros para darnos un escarmiento y se sentó justo debajo de la planta que estaba el Petiso Ricardo.

Y como no se pudo bajar hasta el obelisco se cansó, cuando se fue era tarde y al llegar a la casa no le podía decir la verdad a los padres así no hubo excusa y recibió todo su merecido.

Y solo se amino a decir cuando termino de contarnos con mucha bronca.

– Ya me las va a pagar ese gigante.

Y todos nos reímos ya que la broma le salió al revés.

BAR LA CUMPARSITA

Ya te dije, Bazán, que no te quiero ver más por aquí, ¿entendiste?, ya me cansé de tus promesas, nunca me pagas los vinos que tomas, anda y cuidate. Así gritaba el dueño del bar La Cumparsita lidiando con un borrachín. Era viernes a la noche, apenas se veían las lucecitas en las esquinas de cada cuadra. La que más se destacaba era la fachada del bar, con un cartel gardeliano fileteado a todo color.

Era un edificio de muchos años; lo habían inaugurado cuando fundaron el pueblo, a una cuadra de la estación de trenes, ya que, por Moquehuá, pasaba el Belgrano, el trocha angosta que salía de estación Bs. As. hasta 9 de Julio, y siempre, en esa pequeña población, la más floreciente, del partido de Chivilcoy, era mejor recibir noticias de Bs. As. que de la ciudad cabecera, aunque estén unidos a apenas treinta y cinco kilómetros de tierra.

Al entrar al bar se veían varias mesas donde se jugaba al mus y al truco; en otras, los visitantes miraban por un televisor de imagen borrosa, uno de los pocos lujos que había en el pueblo, un partido de fútbol de Bs. As. En el fondo del inmenso salón, un billar de buena calidad que era el sueño de todo purrete llegar a jugar en ese verde paño al casín o la carambola; en la pared, un gran mural réplica de Quinquela Martín con la imagen de La Boca y la Bombonera.

Como todos los viernes, el dueño del bar nos guardaba una mesa al fondo, lejos de las del juego porque ahí tenían la manía de gritar y casi no nos escuchábamos al hablar. Ahí nosotros nos poníamos a arreglar el país, picada y cerveza mediante, o a relojear la tv y las jugadas de billar.

El dueño del bar seguía echando al borrachín que insistía en entrar. A los gritos le decía que se vaya, que no quería saber ni escuchar nada, que no lo quería ver más por ahí. El borrachín salió a la calle, donde uno grupo de graciosos hacían de las suyas.

En esa época, la gente que vivía alrededor del pueblo usaba sulquis, o charrets, o bien se movían a caballo para llegar al bar, dejándolos afuera apenas, atados al palenque. Y ahí estaban los graciosos, desatando los caballos y llevándoselos, sin que nadie de adentro se entere lo que hacían.

Cuando estuvo todo listo, los graciosos entraron y empezaron a jugar al truco como si nada. Así hasta que el partido de fútbol terminó y la mayoría de la gente empezó a retirarse. Los graciosos seguían como si nada, sin siquiera mirar para afuera. Solo deteniéndose cuando los que salieron volvieron a entrar furiosos, increpando al dueño del bar para que diera explicaciones. El cantinero no entendía nada y ante la inesperada reprimenda también en enfureció. La situación fue subiendo de todo, pero el dueño del bar estaba en desventaja y los demás lo sacaron a empujones para que vea la situación. Ahí vio que todos a los sulquis y los charrets les faltaban sus

caballos. También lo vio a Bazán sentado y con el mismo enojo que antes le pidió que explique qué había pasado, que él tenía que saber. Bazán se paró con mucha tranquilidad y encendiendo un medio cigarro que juntó del suelo, miró riendo al cantinero: Mire, Arturo, yo entré varias veces al bar para avisarle y usted me echaba. Sabe que mi memoria es muy pero muy mala y se me olvidan las cosas, lo único que me hace recordar es un vinito; pensar que esto se podría haber evitado. Que tenga suerte, Arturo, lo que le espera es duro. Bazán tiró el humo de la última pitada y se alejó riendo, mientras los demás volvían a empujar al cantinero.

VAMOS A MISA CON JUANITO

Cuando menos lo pensás pasan cosas que no podés imaginarte, como si fuera ciencia ficción.

En un pueblito pequeño de campaña, en la década del cincuenta, las noticias no se conocían en el momento, no había una comunicación extrema como ahora. Estaba la radio pero pocos tenían acceso y los diarios llegaban solo a localidades por las que pasaba el tren, así que en el campo, cuando llegaban, algunas noticias ya tenían más de una semana.

Para ese entonces Moquehuá estaba lleno de personajes, de esos que no es muy común de encontrar y que en todos los pueblos existen. Entre ellos estaba el Caballo Loco, la Gringa, el Morocho, el Obelisco, Juancho y Juanito.

Ese día Juanito no tenía ganas ni de cebarse mate, y eso que era un tipo con la picardía a flor de piel. Pero ese día no, estaba sentado en la puerta de su rancho, taciturno en su mundo, cuando de repente estacionó un auto. Juanito se puso en guardia: un auto en su rancho no tenía sentido, pero al no ser de la policía esperó. Apareció la grandota figura de Don Felipe, hombre de pocas palabras y muy conocido por su mal genio.

– Che, vos, ahora que no estás haciendo nada, andate para el escritorio que te tengo que hablar.

– Está bien, Don, voy por allá.

Con toda la intriga que significaba estar delante del viejo y en su lujoso escritorio, Juanito se vistió con lo mejor que tenía y fue. Apenas entró, Don Felipe lo hizo sentar, le convidó un pucho y le dijo.

– Bueno, che, necesito alguien para que me pinte la capilla de la estancia y si vos querés te quedas allá, el puestero te va a dar de comer y yo te voy a buscar los fines de semana. Tengo que prepararla para el casamiento del hijo del capataz.

– Sí, por supuesto, estoy dispuesto desde ahora si quiere.

– Prepárate que mañana te paso a buscar a las seis de la mañana. Ahora ándate, chau.

– Hasta mañana, Don.

Juanito se fue contento porque se iba a tirar una gran vida allá en la estancia, sabiendo que nadie lo controlaría y que habría comida y alguna que otra damajuana. Se preparó las cosas y, con el mono preparado, le dijo a la Eulalia que se iba a trabajar, que el fin de semana venía y con plata. Antes de las seis estaba en la puerta, cosa que no comenzara el trabajo con el pie izquierdo. A las seis, puntual, lo pasaron a buscar y salieron rumbo a la estancia.

Hacía dos días que estaba trabajando en la capilla y ya había revisado todo. A la tarde se le ocurrió tocar las campanas, y después de un rato aparecieron unos gurises de los ranchos cercanos a ver qué pasaba. Entonces, para hacerles una broma, se apareció vestido con una sotana

que había encontrado. Los chicos, al verlo, lo rodearon y le gritaban

– Que suerte, Padre, cuando hay misa, ¿qué quiere que les traigamos?

A Juanito se le iluminaron los ojitos ante la pregunta y, sabiendo que el puestero no estaba en todo el día, y de forma maliciosa, comentó:

– Mañana tienen que traer algún regalito para la Virgen. Ah, y no se olviden de venir a misa.

– Que suerte –dijo uno de los chicos–, le voy a decir a mi papá que le regale un pollo.

Otro ofreció un lechón, otros tortas, y Juanito fue acumulando regalos en su mente.

A la noche, sin comentarle nada al puestero, le preguntó qué iba a hacer mañana.

– Mañana tengo que ir al pueblo, así que te dejo la comida.

Todo se le estaba dando a Juanito.

Al otro día, al quedarse solo, comenzó a prepararse. A las diez empezaron a llegar los niños bien vestidos, como si realmente fueran a misa, cada cual con una bolsita de regalo. Juanito, de sotana y con un rosario en la mano, los iba recibiendo. Todo iba de maravillas hasta que sucedió lo inesperado: uno de los padres desconfió, a pesar del entusiasmo del hijo, y se fue arrimando sin que nadie se dé cuenta. Cuando estuvo convencido y al reconocer a Juanito, de quien ya conocía sus andanzas, entró por la puerta principal de la capilla gritando:

– Yo a usted lo conozco.

– Usted está equivocado, señor.

– ¿Usted no se llama Juanito, Padre?

La pregunta fue suficiente para que Juanito desapareciera: entró en la sacristía y tiró la sotana, olvidándose de los regalos, de la ropa y del trabajo. Comenzó a disparar por el campo con rumbo a Moquehuá, llegó al otro día y por varios días no quiso salir a la calle. Varias veces Don Felipe le mandó a decir que vaya a cobrar pero no quería ni aparecer, por miedo que se haya enterado. Y ni te cuento como sufría cuando sentía las campanas de la iglesia que llamaban a la misa.

ÁNGEL Y LA PELOTA

Cuando la tarde caía, la oscuridad invadía las calles del pueblo y la gente se refugiaba en sus casas tratando de resguardarse del frío del invierno. Lo único que se destacaba eran las luces que iluminaban la fachada del club Renovación que estaba frente a la placita.

Apoyados con la frente contra en el vidrio, estábamos curioseando una partida de billar y pensando cuándo sería el día que pudiéramos ser nosotros los que juguemos. De repente sentimos pasos que venían desde la esquina y, por la hora que era, presentíamos de quién podrían ser. Nos asomamos apenas por la pared, ya que el club estaba un metro dentro de la línea de las casas y vimos a un tipo con una gorra inconfundible: era el policía que estaba haciendo la ronda, así que salimos corriendo por el terreno vecino que no estaba edificado.

Cuando estuvimos a salvo se nos ocurrió que podíamos pedirle a Turrón, el cantinero del otro club, que nos enseñara el arte del billar mientras no había gente y nosotros le ayudaríamos con los quehaceres del club. Así aprenderíamos a jugar a la carambola, al casín, los efectos, las bandas y todos los secretos del billar.

Como ya era tarde, decidimos ir a ver a Turrón a la mañana siguiente. Llegado el momento, nos fuimos juntando detrás del club para no hacer bandera y evitar que alguien se diera cuenta lo que teníamos en mente. Pero sucedió que al ser domingo Turrón no llegaría

hasta la tarde, ya que había estado toda la noche del sábado atendiendo la cantina y se había acostado tarde. Decidimos ir a la plaza a esperar.

Cuando llegamos estaba Angelito. Ángel era un chico al no le gustaba nada, el fútbol para él era chino, no le importaba que jugara Boca, River, o la Selección, no le gustaba casi ningún deporte, solo la bici. Con él estaba Tedy, otro al que tampoco le gustaba el fútbol; él era de los fierros y de su moto Gilera que tenía.

Como Ángel conversaba con Tedy sin prestar atención a nada, el petiso Ricardo, el maldito del grupo, quiso hacerle una broma: le ató la bici al árbol con una tanza, dejándole unos metros para que pueda salir y avanzar unos metros, y, después de avisarnos, salió corriendo gritando “timbreeee, corran que nos agarran”. Todo el mundo salió corriendo. Ángel fue directo a la bici y empezó a pedalar, apenas avanzó unos metros la bici se clavó y cayó desparramado en la tierra. Cuando se recuperó nos vio a todos riendo y juró vengarse.

Todos los sábados jugábamos a la pelota, por eso, todos los viernes, el Negro Garaventa, cuyo padre era el secretario del club, tomaba prestada la pelota sin que nadie supiera. Tomaba la llave sin avisarle a su padre, entraba por la puerta lateral y escondía la pelota en una bolsa de arpillera. Luego iba a la panadería La Española, que era del padre de Pocholo y que quedaba justo al lado del terreno donde nosotros teníamos nuestra cancha.

Ahí, usando una lata vacía, escondía la pelota. Nadie podía enterarse del plan ya que la pelota se usaba los domingos para la liga de Moquehuá y no dejarían que la usemos. Pero Ángel lo sabía.

Ese viernes, después de asegurarnos que el Negro había logrado esconder bien la pelota, nos juntábamos en la plaza a pasar el rato. Como nunca, ese viernes Ángel se sentó con nosotros, sin importarle nuestras charlas de fútbol. Además, quería conocer bien la organización del sábado, por eso escuchó al Gordo decir:

– Ya hablé con Miguelín y los negros del barrio El Congo. Vienen a las dos y media y nosotros nos juntamos en lo de Pocholo a la una y media para preparar todo, así que traigan las camisetas –les dijo a los hermanos Muscolino ya que su madre nos había fabricado las camisetas y ellos se encargaban de traerlas todos los sábados.

Ese sábado Ángel ya tenía el plan ideado: fue hasta la panadería con una bolsa arpillera que tenía un zapallo del mismo tamaño que la pelota y la cambió. Luego fue hasta su casa y se vistió con la mejor ropa deportiva que tenía, agarró la bici y salió a dar una vuelta por el pueblo, pasando cerca de la cancha. Cuando llegó la hora, el petiso Ricardo fue a buscar la pelota pero se encontró con algo más frío de lo normal. Ninguno de nosotros entendía nada. Los de El Congo aprovecharon para burlarse, nos cargaban porque teníamos camisetas nuevas pero no teníamos pelota.

A la tarde, la preocupación era recuperar la pelota para evitar los problemas Don Juan, el padre del Negro. Nadie sabía dónde estaba la pelota pero habíamos decidido que al otro día confesaríamos lo poco que sabíamos. Cuando todos nos fuimos a nuestras casas, Ángel esperó hasta que anochezca y fue hasta el club, dejando caer la pelota en la secretaría por un ventiluz que daba a la calle.

El domingo llegamos al club justo cuando el padre del Negro entraba a la secretaría. Decidimos esperar a que salga. El encargado de confesar sería el Gordo. Pero Don Juan salió como siempre con las tres pelotas del club. Todos miramos al Negro con bronca, pensamos que nos había jugado una broma de mal gusto, pero él nos juraba que sabía qué era lo que estaba pasando, mientras Ángel pasaba en bicicleta y saludándonos nos preguntaba qué hacíamos que no estábamos en la cancha para ver el partido.

MI PRIMERA PESCA

Era sábado; atrás había quedado el último día hábil de la semana y por lo tanto teníamos dos días para divertirnos a nuestro *piacere*. Estaba todo tranquilo hasta que a mi vecino se le dio por invitarme a pescar al río Salado. Yo no podía contener la emoción, nunca había ido a pescar y la alegría de tener mi primera vez me desbordaba.

Solo tenía que lograr la difícil tarea, la pucha que era difícil, de convencer a la vieja, mi querida madre, con todos lo miedos que ello significaba para ella. Así que comenzó a andar la maquinaria para convencerla: primero le propuse al Morocho, mi vecino, que me hiciera el favor; luego le hice la promesa de que me iba a portar bien para siempre; que no había peligro, que no pasaba nada, que el río era bajo en ese lugar. Pero no se la podía convencer, para ella, yo, con 12 años, era un niño de pañales y no quería dar el brazo a torcer. Hasta que por fin, gracias al Morocho, accedió. El siguiente paso era conseguir líneas, anzuelos, carnadas y linterna.

Como nunca había ido a pescar me faltaba todo, así que tuve con ir pidiendo prestado. Era medio día, el sol del verano estaba calcinando todo pero para mí no era problema. Corría de un lado para el otro consiguiendo las cosas y esperando que se hicieran las 5 de la tarde, hora para subir al charret. No podíamos salir antes, en Moquehuá la siesta era sagrada y mi compañero de pesca

era de esos que no se la perdía por nada del mundo, así que a pesar de mi ansiedad me la tuve que aguantar, sin chistar, portándome bien en casa, por miedo a mandarme alguna macana y me perdiera el día de pesca.

Una vez cargado todo, salimos rumbo al río. Íbamos por caminos rurales con árboles de ambos lados, los cantos de pájaros de la zona se hacían oír entre el ramaje y de vez en cuando se veían cigüeñas o alguna yunta de chajás.

Luego de dos horas, y de haber recorrido solamente 15 kilómetros, el paisaje comenzó a cambiar. Empezaba a verse el pasto duro que crece a la orilla del río, los pájaros ahora eran teros de agua, gallaretas, patos, y, por fin, el agua, mucha agua.

Comenzamos a bajar las cosas para dejar libre a Renacuajo, el caballo y soltar los perros, dos hermosos galgos que mi amigo siempre llevaba por si salía alguna liebre o cualquier bicho que se pudiera cazar.

Cuando estaba todo listo, mi amigo, el Morocho Zapata, comenzó a explicarme los secretos de la pesca. Empezamos pescando dientudos y sardinas para comer y encarnar para los peces más grande. Cuando quisimos acordar, y bajo las varas del charret, protegidos por una lona, esperamos la noche tomando mate con galleta y dentudos fritos. La noche era la hora más adecuada para que los peces grandes comenzaran a picar. Es por eso que yo estaba pendiente de una línea de la cual pendía una campanilla que me avisaba cuando salir corriendo, por si había un intruso queriendo comerse la carnada.

A media noche, la luz de un farol a kerosene alumbraba el escenario, a esa hora comenzaba a hacer un poco de frío y también asechaba el cansancio, pero los oídos estaban prestos al tilín tilín que se hacía rogar. Llevábamos pescando media bolsa de bagres y dientudos, pero faltaba la más preciada: la tararira. Por suerte, después de un rato, mi amigo sacó un espinel con tres, y se puso contento porque además de comida, esa cosecha podía significar plata. Al llegar al pueblo se podrían vender.

Saqué algunos bagres de la bolsa para hacer lugar, siguiendo las instrucciones de mi amigo para que no pinchen los espolones. Cada pescado era una lección nueva.

A las tres de la madrugada, cuando estaba medio dormido, comenzó a saltar mi corazón. Me levanté como un resorte, salí corriendo como un guepardo hasta el lugar donde estaba mi línea, guiándome por el sonido de la campanilla que no paraba de sonar. Tomé la tanza con miedo y, cuando sentí el tirón, tiré como me habían enseñado. Comencé a pelear tratando, y rogando a la vez, que no se me escape. Esos pocos segundos fueron interminables, no podría explicar cómo pero, sin darme cuenta, tuve delante de mí tenía una tremenda tararira de más de tres kilos saltando, tratando de escapar, pero ya era tarde. En ese momento me sentí el más grande de los pescadores. Mientras el Morocho sacaba el anzuelo de la boca del pescado, yo pensaba qué iba a hacer al llegar a Moquehuá, tendría que despertar primero a mi

mamá para mostrarle la tarucha, luego iría a ver a Alberto, al Petiso, a Morcilla, al resto de mis amigos, y también pasaría por el boliche El Tronío, lugar de los copetines de mi abuelo Froilán, que a esa hora estaría con su camarilla tomando su copita de caña. Allí sería la envidia de todos.

Pero para todo eso tendría que amanecer y faltaba mucho. El sol tardaba en salir y el sueño seguía asechando. Cuando por fin amaneció salimos para el pueblo. El calorcito del sol y el cansancio me terminaron venciendo y me quedé dormido profundamente. Cuando desperté habíamos llegado a mi casa, donde mi mamá estaba en la puerta esperándome. Salté y corrí a saludarla, le conté que había sacado el pescado más grande y fui hasta el charret para agarrarla. Pero el Morocho me dijo que cuando llegó al pueblo vendió todo lo que habíamos pescado, incluso el más grande, el mío, mi pescado, con el que había soñado tanto y que ahora no iba a poder mostrárselo a nadie. Ni a mi mamá, ni mis amigos ni a mi abuelo. Por más que les cuente nadie me iba a creer que había sacado semejante tarucha, ya que al pescador siempre lo tienen por mentiroso a la hora del tamaño.

LA RADIO DE MIGUELÍN

A pesar de los ruidos, producidos por los cohetes de fin de año, el pueblo amaneció tranquilo. En la vereda quedaban los papelitos con que se arman los petardos y cohetes. Moquehuá había sido toda una fiesta.

Recién a las ocho se sintió el ruido de falta de aceite de la bicicleta de Taborda que iba a la estación a hacerse cargo de la guardia del telégrafo. Se sabía que no pasaba ningún tren pero igual tenía que ir.

Parecía mentira que después de una noche tan ruidosa, no se sentía ningún alma. Hasta que algo rompió tanta tranquilidad: en la esquina de la estación estaba la casa de ramos generales de Don José Méndez y que, a pesar de ser primero de año, estaba trabajando para preparar los pedidos del lunes.

– Me robaron, me robaron –Gritaba y corría, como le permitían las piernas, Don José.

Cuando llegó al destacamento con el último aliento, despertó al único policía de guardia.

– ¿Es que no hay nadie acá? –volvió a gritar.

Chalo Montebanco salió desperezándose.

– ¿Qué es lo que pasa, Don José, con tanto alboroto?

– Me acaban de robar y usted ahí, desperezándose.

– Espere, Don José, recién acaba de llegar a los gritos.

Cuente despacio que si me apura no sirvo.

– Bueno –dijo Don José más calmado–, resulta que llegué como todos los días al negocio y al entrar me

encontré con una ventana rota y faltándome algunas cosas.

– Está bien, vaya y espere que llamo al jefe y vamos para allá.

En ese ínterin pasaba Miguelín por la casa de ramos generales cuando de repente, en los pastos de la vereda, vio brillar una cosa de metal. Cuando se agachó se le iluminaron los ojos: había encontrado una radio portátil, un sueño hecho realidad. Así que la tomó entre sus manos y se fue, silbando de alegría.

Más tarde se reunieron Don José, el policía y el Comisario José Luis Villa en el negocio de ramos generales. Estuvieron revisando y tomando nota del faltante. Se llegó a la conclusión que faltaban tres radios, una montura y tres cajas de vino fino.

La noticia se corrió por el pueblo como un reguero de pólvora. Fue entonces cuando un vecino que se llegó hasta comisaría dijo que había visto a Miguelín con una radio en las manos.

El Comisario mandó a buscar con urgencia a Miguelín, metiéndolo a preso sin previa indagatoria. Luego llamó a Don José para certificar si era una de las radios de él.

– Sí, realmente es una de mis radios, pero no creo que haya sido este muchacho.

– ¿No le parece, Don José?, además lo vieron llevando otros paquetes.

– Pero esperemos, no sea cosa que no tenga nada que ver.

– Mire, Don, seguro que es él. Ahora voy a sacarle dónde está lo demás.

– Bueno, si usted lo dice. Hasta luego.

– Hasta luego, Don, cualquier novedad le aviso –y dirigiéndose al oficial–, a ver, Chalo, sacá al preso que lo voy a indagar.

Una vez frente al Comisario, Miguelín, desorientado por todo lo que le pasaba, escuchó.

– A ver vos, negro, ¿dónde está todo que le robaste a Don José?

– Pero, señor Villa, si yo no he sacado nada a Don José.

– No, sacado no, robado, dije robado, negrito.

– No, Comisario, yo no me he movido de casa, pasé las fiestas con Cariyuri, solo los dos.

– Seguro que los dos fueron. Seguro. Chalo tráeme a Cariyuri y decile a Don José que vamos a la casa de este negro a ver si tiene las cosas allá.

Pero el Comisario salió antes y fue hasta la casa de Miguelín antes que llegara Don José, llevando una caja de vino fino y dejándola debajo de la cama. Miguelín era muy pobre y no tenía puertas en la casa, al Comisario le fue muy fácil entrar. Luego esperó afuera a que viniera Don José.

Cuando entraron, el Comisario fue derecho donde había dejado las botellas.

– Mire, Don José, no le dije, aquí están algunas de las botellas, lo otro estará escondido.

– Pero quién lo habría dicho, yo lo tenía como un muchacho honrado.

– Le tendremos que sacar dónde está la montura y las otras radios.

A la noche fue el Comisario hasta lo de Don José y fue tajante.

– Don José, al negro lo mandé con el Juez. Seguro que vendió todo y no me quiere decir dónde están las demás cosas.

– Gracias, Comisario, quién hubiera pensado que Miguelín era un ladrón.

Una semana después, llegó a lo de Don José, preocupado, el estanciero Manuel Viñedas.

– Sabés una cosa, José, en el último pedido faltó mercadería para los peones.

– ¿Cómo, qué me querés decir? Si yo mismo la preparé.

– Sí, te creo, pero justo una cosa que hoy me reclamaron.

– ¿Qué te faltó?

– Según me dijeron y después corroboré, faltó una radio que era para el hijo del capataz, y como la habían pagado anticipadamente.

– Pero, Manuel, yo mismo la puse. Armé el pedido el domingo, justo estaba el Comisario porque ese día me habían faltado tres radios y te puse una más cara para no dejarlo incompleto.

– Pero la radio no está, José.

– Esperá, porque con todo esto del robo, el Comisario se ofreció a llevarle el pedido a tu capataz así yo no trabajaba tanto y podía descansar.

– Sí, me dijo, pero la radio ya faltaba. Y mi capataz es de confianza, no me va a mentir.

–Entonces el Comisario tiene algo que ver.

Al otro día, si perder ni un minuto, Don José se apareció en el pueblo con el Comisario de la Departamental de Mercedes y con Miguelín. Lo que llamó la atención del Comisario Villa.

– ¿En qué puedo servirle, Jefe?

– Mire, Villa, vaya preparando las valijas que se va a pasar unas lindas vacaciones.

– ¿Qué me quiere decir, Jefe?

– Lo que acaba de oír, es usted un ladrón de cuarta.

– Usted metió preso al pobre de Miguelín Sosa – intervino Don José–, y ese lugar tiene que estar ocupado por usted.

– ¿Qué me va a decir, que ese negro es inocente?

– Usted no tiene por qué insultar –dijo el Comisario de Mercedes–. Estuve averiguando todo y usted justo perdió una radio cuando le robó las primeras tres a Don José, y como tenía que regalar tres le faltaba una, entonces robó otra y todo se le echó a perder. Y para colmo, la montura se la vino a regalar a un íntimo amigo mío, que está muy lejos pero el mundo es muy chico.

Y dirigiéndose a Miguelín.

– Así que, Miguelín, usted no tiene por qué estar más detenido ya que usted es inocente. Y por todo lo que

tuvo que pasar, Don José quiere regalarle la radio que encontraste. Y yo personalmente me voy a encargar de que todo el pueblo vuelva a enterarse que usted nunca dejó de ser el muchacho honrado que todos conocen.

CACERÍA DE LADRONES

El día previo a salir de caza todo se hacía con la armonía habitual: preparábamos los jaulines, los llamadores, y arreglábamos y acomodábamos la perrera, como llamábamos a esa valija grande de madera donde se llevaba todo. No podíamos llevar más nada, salvo el agua, el alpiste y una bolsita con los sándwiches de mortadela. Si se daba una buena cacería tendríamos que quedarnos un poco más de tiempo y lo mejor era que no nos agarre hambre. Y como era una zona llena de jilgueros, cabecitas negras y corbatitas, era una posibilidad que la cacería se extienda.

En estos menesteres estábamos con Alberto, mientras que bajo la parra del patio, y a pocos metros de nosotros, hablaban el papá y el tío de mi amigo, Héctor y Cacho respectivamente, sobre la última novedad del pueblo, ya que al ser una localidad pequeña todo se sabía casi antes de que ocurriera.

La novedad era que había delincuentes revoloteando por las quintas y la autoridad competente estaba preocupada por los hechos acaecidos en los últimos días. Esto se tornaba pesado ya que a Don Pipo solían faltarle de vez en cuando, algún que otro lechón o bien un par de batarazas.

Se comentaba que un par de linyeras que llegaron a la estación en un tren carguero serían los promotores de

los faltantes, pero como nadie los había visto no se le podían culpar.

Nosotros, mientras escuchábamos por curiosidad, seguíamos preparando nuestras cosas.

Héctor nos advirtió muy severo.

– Ojito donde van mañana, no sea cosa que vayan muy lejos con todos los problemas que hay.

Ya parecía ser una cuestión de estado lo que le pasaba a Don Pipo.

– Nosotros vamos hasta la feria a cazar, es acá cerca y nos sabemos cuidar. Además no les tenemos miedos – dijo Alberto.

– Bueno, pero tengan cuidado. Por las dudas recuerden que sin ven a un hombre barbudo con el pelo largo y a otro más bien gordito, se vuelven de raje para acá. ¿Entendido?

La sentencia ya estaba hecha y mejor que nos la había dado el padre y no Elvira, la mamá, porque de haber sido así el día de caza se habría frustrado.

A la mañana siguiente, mi abuela Paca me despertó antes de que amaneciera, esa noche me quedé en su casa para salir desde allí, ya que era vecina de mi amigo. Cada cual en su bici y con sus jaulas, salimos rumbo a la feria, que era donde se remataba el ganado y que quedaba a 3 km del pueblo. Ahí había cardos, pinos y agua, todo lo que necesitaban los pájaros.

En el camino íbamos charlando del gran misterio del pueblo, pensábamos que cualquier cosa que se le perdiera a alguno de los habitantes del pueblo, por más

chiquito que fuera, le echarían las culpas al barbudo y al gordito.

Apenas llegamos desparramamos las jaulitas por el alambrado frente a los corrales. Luego nos fuimos a esperar en el lugar donde habíamos dejado las bicis, desde donde podíamos divisar el conjunto de llamadores y, si en un momento caía uno, salir disparando para que no se lastime. Ni nos habíamos acomodado que mi amigo salió corriendo: ya tenía uno.

A media mañana teníamos una buena cosecha por lo decidimos que era hora de devorar los sándwiches. De repente sentimos voces seguidas por un disparo que fue como un cañón. Como la feria era un campo alto, no podíamos ver qué es lo que pasaba alrededor. Por las dudas nos pusimos en guardia y nos fuimos asomando de a poco a un bajo, escondiéndonos entre los cardos.

A lo lejos divisamos un hombre gordo con un sombrero de paja y a otro de pelo largo y barba de varios días, con una enorme escopeta. Como ellos no nos veían, seguían disparando y hablando con voz de sentencia:

– Ahora sí que no te vas a escapar, sin vergüenza – dijo el de barba haciendo sonar dos disparos mientras el gordito llevaba unos animales a la rastra.

Esa sola imagen fue suficiente para recordar lo que nos habían comentado Héctor y Cacho. Apenas sonó de vuelta la escopeta, salimos para el pueblo a toda velocidad en nuestras bicicletas dejando todo lo que habíamos llevado. Al diablo todo el coraje de cazadores

que teníamos. El espanto fue tal que los tipos nos vieron correr y nos saludaron con un tiro al aire. Si lo anterior era una carrera a toda velocidad, al sentir el tiro parecía que volábamos.

No llegamos al pueblo: nos metimos en la primera casa que vimos, la de la madre del Periquín, que como estaba la tranquera abierta pasamos sin pedir permiso. Al vernos tan asustados, Ema, la señora de la casa, nos preguntó qué había pasado. Como pudimos le dijimos que los chorros nos venían siguiendo y que nos habían tirado no sé cuántos tiros y que los habíamos visto con los animales que le faltaban a Pipo. No sabíamos si efectivamente eran esos pero fue lo que nos salió. Le dijimos que queríamos que vaya a la policía porque eran peligrosos. Pero Ema, en vez de tranquilizarnos nos asustó más.

– Bueno, ustedes quédense acá que yo voy a ver y a traer a esos tipos para ver si es cierto lo que ustedes dicen.

Cuando Ema salió ya se oían voces, no pasaron ni dos minutos que volvió a entrar riéndose. Nos dijo que las personas que habíamos visto no eran ladrones y ahí no más entraron el Morocho Zapata y el Gordo Moyano, ambos muy amigos de mi familia y la de Alberto, que solían frecuentar la zona para cazar liebres y perdices.

– Rubito –me dijo Zapata–, andá a buscar lo que dejaste en la feria que cuando pasamos había, por lo menos, tres cabecitas agarrados y se te pueden escapar.

EL BUEN TRATO

Estaba por llover cuando salí de Moquehuá, era difícil irse del pueblo pero tenía que recorrer 17 kilómetros hasta la estancia Los Paraísos, donde era encargado, y donde vivía mi esposa Marta con mis gurises, era mejor llegar antes de que se largue. Esos viajes al pueblo eran una necesidad, una costumbre, una idiosincrasia, el lugareño de aquí tiene la necesidad de conocer lo que le pasa al vecino, por eso, además de comprar lo que se necesita siempre había alguien con quien charlar, retrasando la vuelta a la casa.

Recorrí todo el camino preocupado porque no se largue por eso me sorprendí cuando Marta me preguntó si no había visto nada al pasar por la tapera, ya que ella había visto una luz, como si hubiera algún croto parando ahí. Le respondí que no, que estaba más concentrado en la tormenta que en el camino, pero que iría a ver. También le pedí que me prepare algo de comida por si efectivamente era un vagabundo.

A medida que me acercaba, la luz del fogón se hacía más visible. Apenas llegué me recibió un hombre que con voz resignada me dijo:

– Mire, buen hombre, si molesto haga de cuenta que no me vio, yo apago el fuego y me retiro enseguida.

– No, señor, no se preocupe, acá en Los Paraísos en bien recibido. Si usted quiere, puede quedar en el galpón de al lado, ya que se viene la tormenta, y yo le acerco

algunas cosas para que pueda pasar la noche cómodo. Ahora le traje yerba y algo de pan.

Como la tormenta se hacía esperar, le pedí que prepare unos mates para charlar un rato. El hombre puso la pava tiznada sobre la fogata y, una vez listo el mate, empezó a contarme su historia.

– Hace más o menos 20 años que el destino me puso en este camino de andar viviendo de acá para allá. Yo vivía en una ciudad de Córdoba, tenía una familia hermosa: esposa y un gurí precioso. Trabajaba de gerente. Todo era felicidad. Pero contra el destino no se puede y todo se puede perder en un segundo. Toda la vida fui fanático de los caballos y mi hijo heredó esa pasión. Como mi trabajo me permitía un margen, pude ayudar a mi hijo a que estudie y desarrolle su carrera como polista. Era el mejor de la ciudad. Pero contra el destino no se puede. Por esas cosas que la naturaleza solo entiende, en una competencia, el caballo se asustó y el golpe que sufrió mi hijo fue trágico. Mi mujer no pudo con el dolor y, culpándome de lo sucedido, terminó abandonándome. Quedé solo. Entonces decidí que no quería más esa vida. Renuncié al trabajo y aquí me ve. Por eso mi terapia es moverme. Me muevo caminando o en algún tren que me pueda colar. Voy viviendo de alguna changa que consiga, parando en alguna pensión o donde me dejen, siempre sin molestar. Por eso le agradezco la hospitalidad, mañana apenas pase la tormenta no lo voy a molestar más.

En ese momento me conmovió su historia y traté de comprenderlo, pero quise intentar darle ánimo contándole una historia parecida de un paisano del lugar. La diferencia era que este paisano, después de quedarse solo tras un accidente, pudo salir adelante desafiando al destino. Le dije que se lo veía joven y por lo tanto no podía quedarse varado en los golpes de la vida y que debía hacer algo más que deambular de aquí para allá. Él me agradeció por la compañía pero yo debía volver así que nos saludamos y me fui a la estancia.

Cuando llegué, Marta me retó por haber tardado demasiado. Ella se había preocupado porque ya estaba por llover. Mientras cenábamos, y yo le contaba la historia de este hombre a Marta, la lluvia se largó con todo. Al otro día, apenas amaneció, fui hasta la tapera y ya no estaba, solo encontré un papel manuscrito donde me agradecía por todo.

Pasaron los años y el episodio se me borró de la mente por completo. Hasta que una tarde, haciendo unas compras en La Rica, me encontré con Cacho, el hornero del pueblo, y me comentó que había un hombre que estaba buscando, pero que le parecía raro porque parecía ser de alta alcurnia ya que estaba muy bien vestido y en un auto paquete. Igualmente le dije que te espere en el bar ya que como todos los viernes soles venir al pueblo a hacer algunas compras.

Así que me dirigí al bar intrigado, apenas entré me topé con un individuo que se presentó como el señor Delgado y me dijo que tenía algo que explicarme, que si

era tan amable de llevarlo hasta la estancia donde vivía. Yo desconfié ya que nunca había visto a ese hombre. Le dije que no era necesario, que podíamos hablar cualquier cosa ahí mismo.

– No, Chiche –dijo nombrándome, ¿cómo sabía mi nombre?– mire, no se ponga mal pero es necesario ir hasta la estancia

Accedí con muchas dudas, aún más cuando el hombre me dijo que le gustaría tomar mates en la tapera, si yo era tan amable de prepararlo e ir hasta allá. Volví a acceder, fui hasta mi casa, preparé el mate y me dirigí a la tapera.

El hombre estaba esperándome sentado frente a una fogata muy bien preparada. Apenas iniciado el mate, habló:

– Bueno, Chiche, aquí mismo, hace 15 años, usted me cambó la vida, y de esa charla que tuvimos ese día de tormenta, cuando usted me albergó muy amablemente, yo cambié. A lo mejor, como me ve, se le hace difícil recordarme, pero soy el croto con el que se encontró, en este mismo lugar, 15 años atrás. Luego de esa noche, deambulando por ahí, pude encontrar un pequeño trabajo que me ayudó a crecer. Volví a mi ciudad natal y pude abrir un negocio, mi vida volvió a ser la de antes, con la felicidad que había perdido. Yo sé que mi encuentro con usted fue un antes y un después por eso nunca lo olvidé. Recuerdo que en esa charlas usted me dijo que su sueño sería que sus hijos puedan estudiar. Así que para eso vine, para ofrecerme a ayudarlo para

ese sueño se cumpla. Como usted me cambió la vida a mí, yo quiero hacer lo mismo por usted. Porque la paz también se consigue devolviendo el buen trato y la amabilidad.

Y ME LLENÉ DE NOSTALGIA

Como todos los domingos salimos Walter, Ángel, Fito y yo en mountain bikes. Cuando llegamos al cruce de la ruta 30 Walter dijo: ¿y si vamos a Moquehuá? Cambiamos de dirección, ya que normalmente pedaleábamos con otro destino. Hoy iríamos a Moquehuá, el lugar sagrado de mi nacimiento. En ese momento se me llenó el alma de nostalgia.

Cuando empezamos a pedalear hacia ese destino, comencé a recordar sus callecitas de tierra; sus pequeños boliches con gritos a truco y mus; sus lucecitas en cada esquina que servían solamente para decir que ahí había una esquina; la estación, lugar de reunión cuando todos los días venía el tren; y la plaza, la placita del pueblo, de la que nadie sabe su nombre pero que es el mejor lugar de reunión de mis amigos.

Cuando estábamos llegando me acordé del Gordo Alberto, del Pato, de Pocholo. También del Negro Morcilla, del Petiso Ricardo, de los hermanos Aldo y Adalberto. Todavía los estoy viendo los domingos en la plaza, escuchando en una vieja Spika el folklore de la época. Como era muy temprano para el fútbol hablábamos de proyectos faraónicos, ya que en un pueblo tan pequeño no se podía hacer otra cosa más que soñar con proyectos así o cosas que ni siquiera habíamos visto. Así soñábamos con River o Boca, en ser Pelè o pilotos de TC como que Di Palma, Emiliozzi o Bordeau.

Otros, en cambio, soñaban con ser gerentes de banco y el más osado quería ser psicólogo. También estaba el que quería ser mecánico y tener su taller. Así, hasta que entre sueños y discusiones llegue la hora del partido y la plaza quede vacía.

Luego, los ganadores venían a “gastar” a los hinchas adversarios sin importarles cómo se había ganado, sin importarles cómo había sido el triunfo: ¡que no fue penal! ¡que el referí se vendió! ¡que la culpa es de los jugadores que se vendieron! Y así todas las excusas juntas, a favor y en contra, hasta que el asunto subía de tono y se tornaba color bordó, y en vez de la razón hablaba la fuerza y del fútbol se pasaba al boxeo.

Me di que iba en bicicleta, y entrando al pueblo, cuando escuché que me gritaron:

– Che loco, ¿qué hacés en bicicleta? ¿Vas a decir que venís pedaleando desde Chivilcoy?

En ese momento comencé a buscar por las callecitas del pueblo a mis amigos y recordé que ya no están más. Algunos trabajan en otra ciudad, otro es Director Técnico de un equipo de primera y el que era más osado hoy es psicólogo. El pueblo así me pareció triste. Me quedé taciturno al pensar que sólo había conocidos y no era más el pueblito de mi infancia.

SALUD, MOQUEHUÁ

Moquehuá,
la del sol y el Salado,
donde vive la alegría,
vos hiciste de mi vida
un montón de ilusiones,
hoy te brindo mis pregones
evocando mi pasado;
y esos sueños que han quedado
entre amigos y fogones.

Moquehuá,
la del mundo olvidado,
la que siempre fue estrella.
La de la plaza más bella,
la del Club Renovación,
la de la bonita estación,
la de gente intelectual
que iba al Club Social
a los bailes de salón.

Moquehuá,
la del barrio El Paraíso,
la del Congo y Avellaneda,
sos presente de primera
y un futuro de esplendor.
Aquí levanta su voz

un paisano moquehuense,
que te dice yo presente
en un mundo de emoción.

La vida es tan bella
que todos la queremos,
por eso recordemos
lo lindo que fue ayer.

Los corsos en la plaza,
el fútbol y el potrero,
los bailes callejeros
con la gran Jazz Siboney.

El barrio El Paraíso,
el Congo Avellaneda,
en la plaza la quimera
de un amor por renacer.

El bar La Cumparsita,
la cancha de paletas,
la piba en bicicleta
queriendo hacerse ver.

La escuela, el correo,
la siesta y su desmayo,
el loco del caballo
tratando de correr.

Hoy todo es distinto,
estás transformado.
el pueblo asfaltado
y progreso en su ser.

Que cosa más hermosa,
recuerdos de mi vida,
recuerdos de gomias,
que algunos ya no están.

Igual la vida sigue siendo
un mundo de alegrías,
y un verso hoy te diría
te quiero Moquehuá,
y un verso hoy te diría
te quiero, Moquehuá.

ÍNDICE

SOY MOQUHUENSE.....	5
CARNAVAL MOQUHUENSE.....	7
CORAJUDO.....	11
DE SAQUITO ES OTRA COSA.....	17
Y SÍ, GANAMOS.....	21
OBELISCO.....	25
BAR LA CUMPARSITA.....	29
VAMOS A MISA CON JUANITO.....	33
ÁNGEL Y LA PELOTA.....	37
MI PRIMERA PESCA.....	41
LA RADIO DE MIGUELÍN.....	45
CACERÍA DE LADRONES.....	51
EL BUEN TRATO.....	55
Y ME LLENÉ DE NOSTALGIA.....	61
SALUD, MOQUEHUÁ.....	63

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Ruben Rolando Lettieri nació en Moquehuá en el año 1951.

En su adolescencia se mudó a Chivilcoy, donde reside actualmente, viviendo veinticinco años en Capital Federal.

Desde chico se apasionó por la lectura y las artesanías. A los veinte años comenzó a escribir poesía y a realizar esculturas en madera y jabón.

En su estadía en Capital Federal comenzó a escribir letras de tango y cuentos cortos referidos a su pueblo natal.

Obtuvo premios y reconocimientos en múltiples concursos de cuento y poesía del país –Socorro, Junín, Los Toldos, Chacabuco, Aristóbulo del Valle, Carlos Casares- y en Madrid, España. Sus letras de tango fueron premiadas con un primer y tercer premio en La Plata.

Estudió fotografía en el Foto Club Buenos Aires, y formó parte del Foto Club Chivilcoy. Profesionalmente, trabajó para el diario La Razón de Bs. As, La Razón de Chivilcoy y La Mañana local.

Apasionado también por el cicloturismo, supo unir La Quiaca con Chivilcoy en dos oportunidades. Llevando sus letras por todo el país.

OTROS TÍTULOS DE LA EDITORIAL

En la rueda del sol, de Elena Garrtiani

El último refugio, de M. del Pilar Mastrantonio

La inmigración italiana y el surgimiento de un barrio meridional de Chivilcoy, de Mirta Santucci

Mastín Napolitano, de Gustavo Tenaglia

Antología poética “83 poetas de Chivilcoy”,

Edición cartonera

Una huella en el aire, de Diego Abragiano

Antología narrativa “22 relatos chivilcoyanos”,

Edición cartonera

Obra poética, de Raúl Barbalace

Instagramers, Libro fotográfico con obras de alumnos concursantes

Dibujos y Pinturas de Chivilcoy, Libro fotográfico con las obras de alumnos concursantes.

A manera de prólogo:

La textos de Lettieri que componen este libro, son pequeñas historias que sucedieron en el pueblo; pero no de público conocimiento, sino historias anónimas. Historias que rescatan personajes pueblerinos, su idiosincrasia, su ritmo, sus costumbres. Que, en definitiva, también forman parte de la idiosincrasia chivilcoyana.

Están las reuniones en el bar, salir de caza y de pesca, jugar al fútbol, perder tiempo en la plaza. Un conjunto de historias que reconstruyen parte de la memoria de un pueblo que, como un rompecabezas, también reconstruyen al pueblo mismo.

Nuestra política editorial se basa en la construcción de un catálogo que incorpore la mayor cantidad de voces locales, intentando incluir la mayor diversidad de expresiones. Este libro viene a formar parte de nuestra colección de autores coterráneos.

Porque como bien dice Lettieri: *“Y si preguntan de dónde soy,/ yo les digo de Chivilcoy/ más preciso Moquebuá.”*



ISBN 978-987-45805-4-2

